

Daniel Blanchard, Helen Arnold Madrid, Mayo 2018

Anxo Garrido & Inés Molina

Daniel Blanchard y Helen Arnold son historia viva del Mayo francés. Antiguos militantes del colectivo *Socialisme ou Barbarie* –en el que coincidieron con destacadas figuras del panorama intelectual parisino como Jean-François Lyotard, Cornelius Castoriadis o Claude Lefort; y con antiguos y experimentados militantes como Albert Masó (alias Vegà)– y del Movimiento 22 de marzo, han extendido hasta la actualidad su militancia política y su labor intelectual, involucrándose en diferentes iniciativas y sorteando aquellas típicas trampas del mundillo académico que terminan por disociar el trabajo crítico de la experiencia y las condiciones vitales de la que toma su sentido.

Daniel Blanchard (París, 1934) estudia historia y filosofía en la Sorbona y se integra en *Socialismo o Barbarie* en el año 1957. Como él mismo ha reconocido¹, su ingreso en el grupo se debe a la convergencia de diversos factores: de un lado una tenaz pulsión que le empuja a realizar una crítica radical de la sociedad en la que vivía; por otro, su rechazo a entrar en el PCF tanto por su distancia en el plano analítico y político como por la animadversión que su padre, antiguo comunista desencantado tras la Segunda Guerra Mundial, profesaba hacia dicha institución. Así las cosas, coincidiendo con los ecos de la Guerra del Sinaí y de la truncada insurrección húngara, el autor descubre una de las publicaciones del colectivo y decide comenzar a participar en él. Su militancia en el mismo se extenderá incluso más allá de la escisión que en 1963 separará al grupo entre los partidarios de

¹ Puede encontrarse numerosa información sobre los avatares biográficos e intelectuales de Daniel Blanchard en: BLANCHARD, D., *Crisis de palabras*, Madrid, Acuarela y Machado, 2007.

la línea defendida por Castoriadis (caracterizada por sostener la necesidad de una ruptura radical con la concepción de la teoría propia del –o que Castoriadis atribuye al– marxismo: posibilidad de un conocimiento científico de la economía, la historia, etc.) y todos los demás, quedando Blanchard y Arnold del lado del primero pero distanciándose progresivamente del colectivo. Helen Arnold (Estados Unidos, 1941), por su parte, llega a Francia en 1959 y se encuadra, fascinada por su capacidad de describir la sociedad sin recurrir a las escleróticas fórmulas de las “lenguas de madera”, en las filas de *Socialisme ou Barbarie* entre 1961 y 1965.

Durante estos años los autores traban relación con el grupo *Noir et Rouge* (al que pertenecían Daniel Cohn-Bendit y Jean-Pierre Duteuil) y, a partir de 1959, Daniel Blanchard entabla relaciones con la *Internationale Situationniste* y con Guy Debord. Fruto de la breve pero intensa amistad entre ambos será la confección en 1960 del texto, escrito a cuatro manos, “Preliminares para una definición de la unidad del programa revolucionario”². Tras esta colaboración los autores se distanciarán, entre otras cosas porque Blanchard no logra que el texto capte la atención de los miembros de *Socialismo o Barbarie* como para que llegue a ser publicado en la revista homónima, cosa que sí logra Debord con la IS.

A lo largo de este periodo, el colectivo pone en juego, a escala minoritaria, ideas que tendrán eco en los acontecimientos de mayo y que se desarrollarán entonces de forma masiva: la “crítica de la vida cotidiana”, la crítica del consumo, así como de la alienación y la dominación en todos los niveles de la existencia, la

² *ibid.* pp. 103-115. Las tesis centrales del texto se basan en la re-conceptualización de la lucha de clases en los términos de la escisión entre dirigentes y ejecutantes, extrayendo de esta consecuencias relevantes para plantear una teoría de la alienación, de la autonomía y de la crítica de la vida cotidiana. Con el recurso a este léxico desbordan el marco de la mera producción y ubican el antagonismo también en las esferas de la organización y, muy especialmente, de la circulación, toda vez que la dirección exógena impide al trabajador conocer, y por tanto controlar, la totalidad del proceso productivo y en tanto que el ciclo de la mercancía se apuntala sobre una espectacularización del consumo que sumerge a los hombres y mujeres en la heteronomía de consumir lo producido por y para otros, soslayando las potencias autónomas en una distribución social profundamente alienada.

necesidad de partir de la experiencia vivida para la organización política, la apuesta por superar mediante la acción las aporías teóricas que conducen al estatismo, etc.

Todas estas ideas eran asumidas por el modo de proceder ensayado en el Movimiento 22 de marzo, en cuyas asambleas participan, pese a no ser ya estudiantes universitarios a la altura de 1968, tanto Blanchard como Arnold.

Tras los acontecimientos de Mayo, ambos se enrolan en el Comité de Acción de los distritos 3 y 4, una auténtica anomalía en el panorama post-68, pues fue de los pocos que mantuvo una actividad esencialmente plural y horizontal, salvando los intentos de infiltración por parte de organizaciones maoístas o trotskistas, así como los sabotajes de corte derechista, por lo que logra continuar su actividad hasta el año 1972.

Helen Arnold ejercerá posteriormente como traductora, entre otros, de Cornelius Castoriadis, cuyas obras vierte al inglés. En cuanto a Blanchard, este trabajará diez años como tipógrafo en una imprenta cooperativa, al tiempo que continúa explotando su faceta de escritor con la publicación de numerosos poemarios.

Con motivo del Congreso Internacional Mayo del 68/50 años después, celebrado en Madrid el pasado mes de mayo, tuvimos ocasión de dialogar con ellos sobre los mitos y el legado de Mayo, sobre su interpretación de Debord y Castoriadis y sobre la utilidad de las cajas de herramientas de ayer para abordar los problemas de hoy.

1. Las vidas posteriores de mayo, como las denominó Kristin Ross, constituyen un tenaz ejercicio de revisionismo y distorsión histórica que comienza prácticamente desde las barricadas y que se consolida tempranamente con la política de censura desarrollada por Raymond Marcellin. Así, en el 78 fueron las primeras apariciones de los *Nouveaux philosophes*, los prolegómenos a la ruptura del programa común de la izquierda que escindía las agendas de la CGT y la CFDT (1979) y el fin del rebufo progresista que marcó los últimos estertores del modelo keynesiano-fordista en Francia; en el 88 Henry-Levy y compañía ya

copaban la escena mediática y pasaban por ser las voces autorizadas que, como militantes desencantados, monopolizaban la legitimidad para hablar del evento; en el 98 la infantilización de la revuelta, la jerga de las generaciones y el énfasis en las dimensiones culturales del movimiento estudiantil soslaya definitivamente el papel de los trabajadores en los acontecimientos; de 2008 se recuerdan las palabras de Sarkozy prometiendo enterrar definitivamente el Mayo francés. Finalmente, en este 2018 se ha enfatizado mucho, junto a su intención de conmemorar la efeméride, el hecho de que Macron (1977) todavía no hubiese nacido en 1968. ¿Es la nueva estrategia del poder convertir el 68 en un reliquia del pasado, algo que se puede conmemorar institucionalmente porque su neutralización ha sido culminada? ¿Cómo se vive este aniversario en Francia? ¿Qué queda del 68, cómo retorna todavía, cuál es el valor simbólico que conserva en el imaginario francés?

Daniel Blanchard: De hecho Kristin Ross ha llevado a cabo un profundo trabajo de reflexión sobre este asunto, y no creo que pueda añadir mucho más a lo que ya ha señalado ella. Macron ha querido celebrar el aniversario del Mayo envistiendo a Daniel Cohn-Bendit como el maestro de ceremonias de la conmemoración, lo que constituye una auténtica impostura evidentemente. Pero una impostura que, en un cierto sentido, ha sido preparada por la resignificación y transformación de la imagen del 68 desarrollada en las últimas décadas, como has recordado.

Lo cierto es que, efectivamente, al hilo de los distintos aniversarios, el papel que han jugado los trabajadores en el movimiento de Mayo ha sido cada vez más emborronado, evacuado de la historia. Y ha sido evacuado de dos maneras: por una parte, ha cristalizado el recuerdo de una huelga que culmina victoriosamente con los acuerdos salariales, y sobre todo con una conquista burocrática de los sindicatos, por la cual se establece el derecho a tener una célula sindical institucionalizada en el seno de las empresas. Es esta memoria la que ha quedado, pero aquello que se ha ocultado completamente es que una gran parte de los obreros en huelga, sobre todo los jóvenes, participaron asimismo en los

movimientos estudiantiles, y compartieron en gran medida las reivindicaciones existenciales de los estudiantes. El Mayo fue un movimiento de la juventud, en el cual se desencadena una fusión inevitable entre las nuevas generaciones obreras y estudiantiles.

Helen Arnold: Yo creo que a la idea de Macron de celebrar el aniversario del 68 subyace el deseo de celebrar la crítica al mismo, y sobre todo de señalar que este ya terminó. No sé cuáles fueron las razones concretas de Kristin, por ejemplo, para negarse a participar en este evento, pero sería interesante conocer sus motivos. De hecho, celebrar este aniversario se revela como una importante herramienta de legitimación para Macron, anulando toda posibilidad de que los movimientos sociales se reapropien hoy del Mayo francés.

DB: Sí. Es la manera en que Macron busca encarnar la modernidad, la idea de futuro, la economía mundial. Pero, de hecho, el 68 es un movimiento que pertenece completamente al pasado. Es un movimiento que está adherido a los valores del pasado, arraigados en una sociedad que está en proceso de desaparecer definitivamente, como la igualdad, la solidaridad, el legado de la Revolución Francesa y el movimiento obrero.

2. Nos gustaría haceros algunas preguntas acerca de los mitos que han sido transmitidos sobre el Mayo del 68. En concreto alrededor de la vida inmediatamente posterior al Mayo. Hay algunos testimonios que dan cuenta de la gran cantidad de suicidios que ocurren después, del sentimiento generalizado de frustración tras la derrota del movimiento y de cómo mucha gente decide abandonar la política, lo que parece traducirse en un cierto clima de derrota generacional. ¿Cómo habéis experimentado esto como militantes?

DB: En la época inmediatamente posterior al Mayo existe, por una parte, la tentativa de continuar la lucha, que es sostenida en particular por los maoístas. Los maoístas más comprometidos ingresan en las fábricas, “estableciéndose” como obreros, y continúan militando por las ideas del 68 entre los demás compañeros: la emancipación obrera, la lucha de clases... Y al mis-

mo tiempo convivía la idea de la larga marcha a través de las instituciones, el gran tema del movimiento alemán. De hecho, esta marcha a través de las instituciones finalmente se traduce en la promoción de los líderes maoístas, que logran ocupar posiciones importantes en los medios de comunicación, en el campo de la arquitectura o el urbanismo. Aún así, eran hombres y mujeres que trataron de continuar, a su manera, el movimiento del 68. Y al mismo tiempo, efectivamente, se desencadena todo este clima de decepción, a veces demasiado dramático, así como un movimiento de gente que se retira al campo. Estos últimos se exilian a pueblos y aldeas abandonados, e inician allí proyectos de autogestión comunitaria.

HA: Jean-Pierre Duteuil habla de los suicidios en el post-68, pero creo recordar que él trata de denunciar esta concepción maniquea de la época que siguió al movimiento.

DB: De hecho, nosotros no conocemos a ninguna persona que haya atravesado una situación de este tipo. Quizás porque pertenecíamos a una generación más mayor.

3. Volviendo a la reacción de la izquierda maoísta en el post-68 que comentabais antes, ¿consideráis que existe una relación entre cierta tendencia intelectual y el viraje conservador de algunos líderes, como es el caso de André Glucksmann o Bernard-Henri Lévy?

DB: En cierto sentido, se puede identificar un comportamiento bastante recurrente en las personas que ocuparon una posición de liderazgo en el movimiento. Una vez el movimiento desaparece, estos líderes desean seguir conservando su posición, y para ello buscarán otros caminos, otras identidades políticas que lo permitan. Es el caso de Bernard-Henri Lévy, por ejemplo; y el de Glucksmann, aunque de una manera menos obscena, quizás un poco más honesta. Glucksmann se consagra pronto a un trabajo de recuperación de la memoria de las víctimas de Auschwitz. Y hay muchos más, como Roland Castro, quien desarrolla una gran carrera como arquitecto del poder y burócrata del urbanismo.

HA: Yo pienso que el giro conservador de estas figuras no tiene tanto que ver con Mayo, sino con su propia teoría, su propia manera de comprender la lucha. Creo que se trata más de esto último: como ellos movilizaban una visión extremadamente limitada de la historia y la política, cuando la realidad no se correspondió con ella, no pudieron recurrir a otras herramientas analíticas que les permitieran desarrollar una política adaptada a esa nueva realidad.

4. En diversos textos te muestras crítico con el influjo que el concepto de “privatización” acuñado por Castoriadis produjo en los años previos a Mayo del 68 y cómo sirvió de pantalla que ocultaba la existencia de procesos subterráneos que terminaron por estallar hace 50 años. ¿Crees que esa noción tendría alguna vigencia en la actualidad? Si como afirmas, actualmente la función primordial de todo movimiento es la de producir sentido y construir lazo social, ¿reconoces con ello implícitamente que el individualismo neoliberal y las formas de explotación basadas en la rentabilización de la propia existencia, han renovado la vigencia del concepto de privatización?

DB: Para contestar a esta pregunta quizás sea necesario volver sobre la idea de privatización en el contexto del grupo *Socialismo o Barbarie*. Durante la guerra de Argelia (1954-1962) se desencadena cierto movimiento de oposición y politización en la sociedad francesa que hace crecer al grupo *Socialismo o Barbarie* en toda Francia –por aquel entonces contaba con un centenar de miembros–, especialmente entre los estudiantes. En este punto cabe recordar el trabajo de reclutamiento desarrollado por François Lyotard en la Universidad de Nanterre, donde se había convertido en un profesor bastante popular. Sin embargo, en la década de los sesenta este sujeto político efervescente desaparece de la esfera pública. Y al mismo tiempo, la economía francesa atraviesa una época de bonanza, y los salarios acompañaban, más o menos, al aumento de la productividad, muchas veces, por supuesto, bajo el influjo de luchas encarnizadas en las fábricas. Algunas de estas luchas se

centraron inicialmente en las condiciones de trabajo, pero los sindicatos las desviaron a la cuestión de los salarios. Durante este periodo podemos afirmar que la gran masa de trabajadores –obreros, empleados, cuadros subalternos– comienza a tener acceso a un cierto confort material, especialmente a objetos de consumo básicos (frigorífico, lavavajillas, televisión, un coche modesto...). Y quizás lo más importante, se instala entonces la idea de que siempre se podría contar con un aumento continuo del “nivel de vida”. Para Castoriadis, es la conjunción de la salida de la pesadilla argelina, en 1962, y la mejora de las condiciones de vida, lo que conduce a las masas populares a alejarse de la “esfera pública” para replegarse en la vida privada. Castoriadis ha pensado efectivamente esta situación de “privatización” como una característica estructural de las sociedades del “capitalismo moderno”. Yo pienso, sin embargo, que él ha exagerado en exceso este fenómeno, sobre todo cuando lo convierte en un “significado social imaginario” (terminología desarrollada en su ensayo teórico publicado en 1974, *La institución imaginaria de la sociedad*), que estructura a las sociedades desarrolladas. Es por esta razón que, en el texto que escribe sobre el 68, *La brecha*, junto a Edgar Morin y Claude Lefort, él considera que el Mayo es una suerte de “sorpresa total”; pero era una sorpresa sobre todo para él... En los años anteriores, en Francia habíamos asistido a huelgas muy duras, donde los jóvenes obreros desempeñaron un papel esencial, pues sus reivindicaciones no eran solamente salariales sino que también hablaban de la vida al interior de la fábrica. En mi texto *Crisis de palabras* desarrollo ya no una crítica de la actividad teórica como tal, sino del momento en el que esta actividad teórica ha reemplazado el lugar de la experiencia social directa. Y es cierto que este era el problema del grupo *Socialismo o Barbarie* durante el primer periodo de su existencia, anterior al 68. Sin embargo, *Socialismo o Barbarie* fue fundado sobre un cambio de paradigma fundamental para el análisis de la sociedad de clases: en vez de la oposición entre los propietarios de los medios de producción y los proletarios, que implica aplicar

un punto de vista jurídico-económico sobre la sociedad, y por lo tanto otorgar una primacía intrínseca a la teoría, *Socialismo o Barbarie* funda su crítica –con el fin de englobar el capitalismo burocrático de la URSS– sobre la oposición entre dirigentes y ejecutantes, una categoría antropológica, transformando el fundamento de la crítica social en aquello que Lefort ha llamado “la experiencia proletaria”, basada en la palabra obrera. Es esto lo que me apasionaba de *Socialismo o Barbarie*. El análisis basado en la “privatización” equivalía a asumir el mutismo de los explotados. Equivalía a no escucharlos nunca más, y convertir el análisis teórico en el único fundamento y modo de la crítica. Es esto lo que traté de analizar cuando hablaba de la “crisis de palabras”.

HA: Me parece que había un tema sobre el que discutimos en el grupo –tal vez no lo suficiente– que fue sugerido por las huelgas belgas de 1961: la importancia de los movimientos encarnados por personas que acababan de salir de un contexto rural, o de sociedades no occidentales, y que habían retenido ciertos valores de estos entornos a la hora de comprender la vida concreta. El consumo en esta época era el consumo llevado a cabo por personas que apenas salían de una gran pobreza, de la guerra; personas de origen campesino que entonces comenzaban a devenir obreros. Por tanto, este consumo era individualista, si se quiere calificar así, pero guardaba un significado que no se puede obviar: estaba vinculado al sentimiento de abandonar la miseria, de adquirir una cierta dignidad, una existencia en la que comenzar a reconocerse a uno mismo como persona. La cuestión del individualismo y el consumo –de la privatización, por tanto– se plantea hoy de una manera radicalmente distinta. Con la mercantilización de todos los planos de la existencia y la carencia de vida social y solidaria producida por el mundo del trabajo, la búsqueda de significados y vínculos sociales adopta formas nuevas y desviadas a través del consumo, pero también de la religión, el nacionalismo... La noción de privatización es hoy también demasiado pobre para describir esta situación compleja y cambiante.

DB: El sistema de producción y el sistema político desarrollados a partir de los años sesenta han roto los vínculos sociales de solidaridad en el trabajo, los vínculos de solidaridad de las sociedades campesinas y las comunidades obreras creadas por la primera revolución industrial. De hecho, las huelgas más duras antes y durante el 68 se desarrollan en la región de Nantes y Saint Nazaire: una vieja región que luchó por el rey y por Dios en la Edad Media y durante la Revolución francesa, pero también contra el poder central del Estado francés. Se trata de una tradición de lucha que ha impregnado hasta el día de hoy la mentalidad campesina y obrera.

5. Si, con Castoriadis, podemos decir que el proletariado se reconoce en la actividad propiamente creadora, en las capacidades de autoorganización que esta implica y en el modo en que la organización de la producción vertebró formas de experiencia susceptibles de devenir una conciencia, me pregunto, ¿existe en la actualidad una experiencia compartida por el proletariado precario sobre la que pueda desarrollarse un marco simbólico común, un imaginario compartido, en definitiva, una conciencia combativa dotada de arraigo orgánico?

DB: La precariedad implica que no vivamos esencialmente en el lugar de trabajo. La experiencia de la vida precaria, no sé si por su naturaleza misma, puede ser portadora de proyectos de organización social liberada. Pienso que esta puede ser el fermento de luchas sociales, pero las experiencias de trabajo precario son infinitas, extraordinariamente diversas. Existen algunas personas que definitivamente parecen valorar esta forma de vida, ya que cuentan con una cualificación elevada que les permite emplearse en el mercado de trabajo cuando lo necesitan, lo que hace que aprecien no estar atadas a un único y mismo empleo. Pero para la gran masa de gente precaria, esto es una pesadilla. En Italia o en España, donde la situación es todavía peor que en Francia, los jóvenes dependen completamente de sus padres. Ellos no pueden iniciar una vida propia, autónoma, y esto acarrea una frustración enorme.

HA : Yo no lo creo. No hay suficientes oportunidades para organizarse en el seno de la vida precaria contemporánea.

6. En vuestra conferencia hablasteis de la violencia que acompañó al 68 francés. El relato hegemónico sobre el Mayo parece haber borrado las trazas de la enorme represión que sufrió el movimiento, poniendo de relieve la parte lúdica o puramente festiva de las revueltas, operando así cierta lógica de la industria cultural contemporánea. Glucksmann, por ejemplo, habla del Mayo como “una gran fiesta”.

DB: Puede que luchar contra la policía formara parte de esta gran fiesta. Yo no opondría realmente los dos rostros de Mayo (el violento y el festivo). De hecho, había muchos momentos en los que no había disputas con las fuerzas de seguridad.

HA: Pero París no era una fiesta, es una expresión terriblemente falsa. Fue un momento extremadamente feliz, vivo, exaltado en cierto sentido. Fue, en todo caso, un momento de vida intensa.

DB: Hoy atravesamos un periodo en el que existe una percepción extremadamente mezquina de la economía libidinal y de la economía de la vida, quizás por esa razón Mayo del 68 es difícil de entender.